



**ALEXANDRA  
KOHAN  
UN CUERPO  
AL FIN**

PAIDÓS

**ALEXANDRA KOHAN**

---

**UN CUERPO AL FIN**

---

 PAIDÓS

# I UN NUEVO CUERPO ACONTECE

La relación entre psicoanálisis y literatura, que no es poco compleja ni es siempre idéntica a sí misma, existe desde la fundación misma del psicoanálisis. Fue Freud quien, ya –y sobre todo en– los inicios precisó de la literatura para pensar y repensar su práctica. No se trataba solamente del psicoanálisis aplicado a la literatura para echar luz a ciertas obras –cuestión que conduciría a lo que más tarde fue el psicobiografismo–, sino más bien de la manera en que la literatura echaba luz al psicoanálisis, es decir, se trataba de la literatura en los fundamentos del psicoanálisis. Porque lo que le interesaba a Freud no era tanto –ni solamente– lo que la literatura representaba, lo que la literatura decía, sino lo que la literatura hacía, lo que con la literatura se producía: se trataba menos de contenido que de forma, menos de representación que de acto (“las palabras del poeta son, en efecto, acciones”, va a sintetizar en una carta a Thomas Mann). La literatura constituía, para Freud, la materia prima con la que pensar sus conceptualizaciones, y no al revés: ejemplos que venían a ilustrarlas. Freud hacía su “teoría” con lo que la literatura provocaba en él. En ese sentido, la invención de Freud es también el efecto de Freud lector.

Del mismo modo, el discurso literario pone en escena la problemática de “la relación del hombre con la letra”,<sup>1</sup> problemática de la cual el psicoanálisis se va a ocupar especialmente: porque nadie mejor que los artistas para mostrarle al psicoanálisis el modo en que cada quien se las arregla con *eso*, con su cosa. Dicho de otro modo, el poeta, el artista nos muestran el camino en lo que al inconsciente se refiere, lo que el inconsciente produce en cada quien, aquello que con el inconsciente se produce. Por otra parte, la literatura o, más exactamente, la escritura literaria, era mucho más precisa y mucho más atinada para abordar, leer y estudiar; es decir, para dar cuenta del cuerpo con el que se encuentra Freud. Tempranamente, en 1893, advierte que su escritura de los casos clínicos se parece más a una novela que a un escrito científico. En la epicrisis del historial de Elisabeth von R., dice: “No he sido psicoterapeuta siempre, sino que me he educado, como otros neuropatólogos, en diagnósticos locales y electroprognosis, y por eso a mí mismo me resulta singular que los historiales clínicos por mí escritos se lean como unas novelas breves, y de ellos esté ausente, por así decir, el sello de seriedad que lleva estampado lo científico. De eso me tengo que consolar diciendo que

---

1. Jacques Lacan, “Juventud de Gide o la letra del deseo”, en *Escritos II*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1985, p. 719.

la responsable de ese resultado es la naturaleza misma del asunto, más que alguna predilección mía; es que el diagnóstico local y las reacciones eléctricas no cumplen mayor papel en el estudio de la histeria, mientras que una exposición en profundidad de los procesos anímicos como la que estamos habituados a recibir del poeta me permite, mediando la aplicación de unas pequeñas fórmulas psicológicas, obtener una suerte de intelección sobre la marcha de la histeria”.<sup>2</sup> “La naturaleza misma del asunto”, tal es la cifra de la relación entre psicoanálisis y literatura, es decir, entre psicoanálisis, escritura y lectura. Porque lo que está en juego es el modo en que el cuerpo de la histeria con el que Freud se encuentra resulta en una escritura, el modo en que el psicoanálisis lee esa escritura y, finalmente, el modo en que esa lectura particular es transmitida; esto es, el modo en que el psicoanálisis puede enseñarse, qué del psicoanálisis puede enseñarse. Escritura y lectura quedan así anudadas indefectiblemente en lo que a la práctica –y a la enseñanza– del psicoanálisis se refiere. Porque el modo en que se transmitirá ese saber no está por fuera del modo en que se conciben el inconsciente, el cuerpo, el sujeto. Y el modo en que se conciben incluye contar con lo imposible de decir, con

---

2. Sigmund Freud, *Estudios sobre la histeria*, en *Obras completas*, tomo II, Buenos Aires, Amorrortu, 1997, p. 174.

la singularidad del “cada vez”. En efecto, como señala Carlos Kuri, “el discurso teórico del psicoanálisis es un discurso infectado por des-plazamientos y condensaciones, por deformaciones y censuras, un discurso afectado por el mismo material con que se edifican, con que crecen los sueños, los síntomas”.<sup>3</sup> Que el psicoanálisis sea una praxis y no una teoría<sup>4</sup> implica, entre otras cosas, que no existen garantías teóricas, que no existe una técnica determinada para leer los acontecimientos de la experiencia analítica. La lectura será novedosa en cada encuentro y un cuerpo no será nunca todos los cuerpos, un sujeto no será jamás todos los sujetos, una neurosis no puede representar todas las neurosis. En 1913, en lo que Freud denominó “Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis”, ofrece consejos sin pretenderlos obligatorios porque “la extraordinaria diversidad de las constelaciones psíquicas intervinientes, la plasticidad de todos los procesos anímicos y la riqueza de los factores determinantes se oponen, por cierto, a una mecanización de la técnica, y hacen posible que un proceder de ordinario legítimo no produzca

---

3. Carlos Kuri, *Introducción al psicoanálisis. Clases*, Buenos Aires, Homo Sapiens, 1985, p. 6.

4. “Cuando se presenta la teoría como objetivación de un saber producido por una práctica, no se hace sino fijar el discurso en institución”, dice Jorge Jinkis en *Lo que el psicoanálisis nos enseña* (Buenos Aires, Lugar, 1993, p. 119).

efecto algunas veces, mientras que otro habitualmente considerado erróneo lleve en algún caso a la meta”.<sup>5</sup> El saber que puede extraerse de un caso se vuelve inútil para el siguiente. Tal es la dificultad con la que se cuenta cuando de enseñanza se trata. Es más: concebir las enseñanzas del psicoanálisis como una teoría desde la que apoyarse y operar en la clínica bien podría ser un inconveniente para el analista tentado de aplicar conceptos al discurso del analizante. Porque, tal como lo subraya Jacques Lacan, “el progreso de Freud, su descubrimiento, está en la manera de estudiar un caso en su singularidad”.<sup>6</sup> Entonces, el anudamiento entre lectura, escritura y transmisión no puede sino pasar por los hilos de una trama que deja afuera lo que Freud mismo llama “el sello de seriedad que lleva estampado lo científico”. Esta cuestión no ha dejado de preocupar a Freud: cómo atenerse al rigor científico sin que conlleve la renuncia al estilo literario al que se veía impulsado en su escritura. Ahí se escinden, entonces, dos momentos: el momento de la lectura del material clínico y el momento de la escritura del material clínico;

---

5. Sigmund Freud, “Sobre la iniciación del tratamiento (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, I)”, en *Obras completas*, tomo XII, Buenos Aires, Amorrortu, 1998, p. 125.

6. Jacques Lacan, *El seminario. Libro 1*, Buenos Aires, Paidós, 1995, p. 26.

y la escritura se diferencia, incluso, de la mera redacción. Esta última “es lo que está destinado finalmente al auditorio”, como señala Luis Gusmán.<sup>7</sup> Gusmán se detiene de manera pormenorizada en los obstáculos que se le presentaban a Freud en el camino de la escritura del texto y separa, muy atinadamente, distintos registros: “Descubrimiento, escritura, exposición y lectura”. Luego recorre, en la correspondencia de Freud con Fliess, los distintos momentos en que para Freud los problemas de la redacción interrumpen la lectura y las distintas vicisitudes, por no decir trabazones, con las que el autor de *La interpretación de los sueños* se encuentra cuando trata de transformar la escritura en una comunicación científica sin por eso repeler al “lector común”. Porque no olvidemos que Freud está inaugurando, además, un público, un auditorio.

Para Freud es un castigo divino tener que escribir el capítulo sobre la bibliografía, porque la bibliografía, atender a esas cuestiones, lo detiene en su escritura. Tal como lo refiere Gusmán, “la cantidad de bibliografía tiene sobre él un efecto deprimente; lo embarga un sentimiento de no saber nada cuando creía haber introducido una novedad”.<sup>8</sup> ¿Cómo decir de manera

---

7. Luis Gusmán, *La pregunta freudiana*, Buenos Aires, Paidós, 2011, p. 58.

8. *Ibíd.*, p. 59.

lineal, clara, científica y sin retruécanos aquello que en el trabajo del sueño se muestra desviado, condensado, ingenioso? Muchos años más tarde, en 1934, Freud le menciona a Arnold Zweig, en una carta, que la libertad literaria se ve contrapuesta a la “realidad histórica”,<sup>9</sup> que la poesía es “la tierra de nadie” donde puede ejercerse la libertad de la imaginación sin miramientos hacia la realidad fáctica ni por el rigor histórico. El objeto, “la naturaleza misma del asunto”, así, es ubicado en ese intersticio entre el rigor científico y la libertad literaria, entre el arte y la ciencia –“el psicoanálisis es algo que está entre el poema y las ciencias”, dirá Germán García–.<sup>10</sup>

Los casos clínicos escritos por Freud inauguran un nuevo modo, “un género discursivo extraño que se abre paso entre los discursos existentes”.<sup>11</sup> Es que esa extrañeza del género no es sino la extrañeza del cuerpo, ese cuerpo nuevo. Es la poesía,<sup>12</sup> entonces, y

---

9. Sigmund Freud y Arnold Zweig, *Correspondencia*, Buenos Aires, Granica, 1974, p. 84.

10. César Mazza, *Palabras de ocasión. Entrevistas a Germán García*, Córdoba, Los Ríos, 2018, p. 140.

11. Luis Gusmán, *La pregunta freudiana*, ob. cit., p. 38.

12. La poesía en el sentido en que la concibe Juan José Saer: “Cuando digo poesía, me refiero a toda la buena literatura” (*Ensayos. Borradores inéditos 4*, Buenos Aires, Seix Barral, 2015, p. 122).

no la ciencia, la que brinda al psicoanálisis el saber y el decir más propicios y más precisos para abordar ese cuerpo, el cuerpo de la histeria. Ese cuerpo que no responde a la anatomía, ni por la anatomía; ese cuerpo que ignora la anatomía y que, a la vez, hace vacilar, hace fracasar el saber médico-científico. Porque ese cuerpo no es pasible de ser abordado desde el lenguaje de la medicina; es un cuerpo que se resiste a ser reducido a los términos científicos; es un cuerpo que insiste enigmático, pero no consiste en un sentido. En definitiva, como dice Leonardo Leibson, “es un cuerpo otro, el que la histeria nos enseña. El cuerpo pasa de tener una correspondencia biunívoca a ser equívoco. El lenguaje se interpone entre la anatomía y el cuerpo subjetivo”.<sup>13</sup> El cuerpo aparece como un enigma a descifrar, como efecto de un inconsciente que escribe: el síntoma histérico es una escritura.

Ahora bien, lo que Freud enseña es, antes que nada, que el inconsciente escribe y que se trata de precisar una clave de lectura. Que sin lectura no hay inconsciente posible, que el inconsciente es efecto de la lectura, que no está antes. En *La interpretación de los sueños*, texto paradigmático de la puesta en acto del método freudiano, Freud es taxativo: el sueño es un texto y el

---

13. Leonardo Leibson, *La máquina imperfecta*, Buenos Aires, Letra Viva, 2018, p. 39.

texto se presenta como un *rébus*, un acertijo, motivo por el cual no habrá que equivocar la clave de desciframiento. Lo que para él constituye un hito en su método respecto de los métodos anteriores es el modo en que concibe la lectura. Ahí nos advierte de la equivocación que sería llevar a cabo una lectura “según el valor figurado” de los signos y no siguiendo su “referencia signante”.<sup>14</sup> Leer implica, ahí, dejar caer la pretensión de un sentido dado por una imagen coherente y total porque se lleva a cabo “*en détail, no en masse*”;<sup>15</sup> se trata de dejarse llevar por lo verbal, por las palabras, hasta arribar a lo que él llama una “sentencia poética”.<sup>16</sup> Lo que se lee son marcas, letras, y no imágenes.

En la conferencia número 15 de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, llamada “Incertezas y críticas”, Freud se dedica a mostrar, como pocas veces antes, cómo el inconsciente constituye una lengua que el analista deberá leer. Allí despeja cualquier

---

14. En *Escritos I* (Buenos Aires, Siglo XXI, 1987, p. 452), Jacques Lacan lo dirá del siguiente modo: “Una escritura, como el sueño mismo, puede ser figurativa, está siempre como el lenguaje articulada simbólicamente, o sea que ni más ni menos que éste es fonemática, y fonética de hecho desde el momento en que se lee”.

15. Sigmund Freud, *La interpretación de los sueños (primera parte)*, en *Obras completas*, tomo IV, Buenos Aires, Amorrortu, 1996, p. 125.

16. *Ibidem*, pp. 285-286.

idea equivocada de que la escritura del inconsciente configure un simbolismo o de que el sueño se trate de una comunicación. Porque el sueño no pretende decir nada a nadie, no quiere comunicar sino, más bien, mantenerse incomprendido. Los ejemplos que ahí brinda, una vez más, muestran de manera palmaria y definitiva, que los sueños se presentan como un texto y que el lugar del oyente del relato del sueño resulta fundamental para un desciframiento no arbitrario ni guiado por un simbolismo fijo. El síntoma histérico, el cuerpo, está hecho del mismo modo que el sueño: se configura como un texto que se precipita con la lectura; no hay cuerpo sin lectura.

Mucho antes de la creación del psicoanálisis, Jean-Martin Charcot, neurólogo y profesor de anatomía maestro de Freud, le encarga en París, entre 1885 y 1886, un estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas y es ahí cuando Freud descubre que “la histeria se comporta en sus parálisis y otras manifestaciones como si la anatomía no existiera o como si no tuviera noticia alguna de ella”.<sup>17</sup> ¿A qué responde la histeria si no es a la anatomía?: “Es la concepción trivial, popular, de los

---

17. Sigmund Freud, *Algunas consideraciones con miras a un estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas*, en *Obras completas*, tomo I, Buenos Aires, Amorrortu, 1996, p. 206.

órganos y del cuerpo en general la que está en juego [...]. La lesión de la parálisis histérica será, entonces, una alteración de la concepción (representación); de la idea de brazo, por ejemplo”.<sup>18</sup> Como lo que refiere la narradora de *Sangre en el ojo*, de Lina Meruane, narradora cuyo padre es cardiólogo: “No es un nervio estrangulado, insiste el Padre impaciente al otro extremo del cable telefónico. Ese nervio tiene un recorrido que no es el de tu síntoma”.<sup>19</sup>

Ese es, quizás, el primer gran descubrimiento freudiano, la piedra angular del psicoanálisis, el saber por el cual el psicoanálisis va a comenzar algunos años más tarde: la histeria produce, inventa, un cuerpo que no se deja reducir al saber de la ciencia. Es un cuerpo que resiste a los modos científicos de ser significado, encasillado, es decir, aplanado en su potencia. Porque, tal como lo refiere Michel Foucault, “es innegable que el discurso científico formulado sobre el sexo en el siglo XIX estuvo atravesado por credulidades sin tiempo, pero también por cegueras sistemáticas: negación a ver y oír [...]. No querer reconocer algo es también una peripecia de la voluntad de verdad. Sirva aquí de ejemplo La Salpêtrière de Charcot: era un inmenso aparato

---

18. *Ibíd.*

19. Lina Meruane, *Sangre en el ojo*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2012.

de observación [...], pero también era una máquina de incitación [...]. Sobre el fondo de esa incitación permanente al discurso y a la verdad, jugaban los mecanismos propios del desconocimiento: tal era el gesto de Charcot interrumpiendo una consulta pública en la que demasiado manifiestamente comenzaba a tratarse de ‘eso’”.<sup>20</sup> No es que el cuerpo de la histeria no hablara de ese modo antes de Freud; el asunto es qué se hacía con eso que se escuchaba, o que no se escuchaba. Tal como lo trabaja Charles Melman, el cuerpo de la histeria ha mantenido inquietos e incómodos a muchos a lo largo de la historia. En su detallada investigación muestra el modo en que el cuerpo femenino se ha erigido casi siempre, de una u otra manera, en una atopía, en un inclasificable, en un fuera de lugar que suscita interrogantes que no cesan: “Hace cuatro mil años la histeria dio lugar a una representación que ha atravesado en forma inmutable los siglos y continúa imponiéndose, aunque no lo sepan, tanto a los especialistas como a los profanos. [...] Aparece en Pinel, incomoda a Falret, persigue a Charcot”.<sup>21</sup> Porque, dice Foucault, “al menos hasta Freud, el discurso sobre el

---

20. Michel Foucault, *Historia de la sexualidad 1: La voluntad de saber*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2021, pp. 55-56.

21. Charles Melman, “La historia detenida”, en *Nuevos estudios sobre la histeria*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988, p. 54.

sexo –el discurso de científicos y teóricos– no habría cesado de ocultar aquello de lo que hablaba”.<sup>22</sup>

La ciencia intentaba acallar el cuerpo de la histeria, intentaba domesticarlo, pretendía extirparle su potencia subversiva. Pero la histeria se ha mostrado insistente y ha logrado esterilizar el discurso de la ciencia. Sigue Melman: “Lo que Freud aporta específicamente es que el síntoma histérico espera un desciframiento porque es constituido como un lenguaje. Dejando de verlo para empezar a escucharlo, a leerlo, Freud cierra un voyeurismo de cuatro mil años e inaugura una aproximación rigurosa a la constitución del hablar”.<sup>23</sup> La histeria, con Freud, ha conseguido recuperar lo que tiene para decir, ha recuperado un decir. De este modo se va delimitando un cuerpo que está hecho de ficción –y ficción no es “mentira”, es el modo en que puede articularse un efecto de verdad–, un cuerpo ficcional en su atravesamiento por la palabra: el modo de decir del cuerpo, el modo de decir el cuerpo, es un decir que pone en escena un texto; el cuerpo es el acontecimiento de un decir. Si, tal y como lo subraya Leibson, “el cuerpo es un palimpsesto, una superposición de capas de escritura que, en ciertos lugares, se hacen visibles como imagen del cuerpo. El

---

22. Michel Foucault, *Historia de la sexualidad 1*, ob. cit., p. 53.

23. Charles Melman, “La historia detenida”, ob. cit., p. 56.

resto, lo no visible, lo que no se ofrece a la mirada, es el resto de escritura que permanece mudo”;<sup>24</sup> entonces, una manera distinta de la de la ciencia, otra manera de escrutarlo, se hace necesaria, y esa otra manera, esa manera otra, es propiciada por la potencia poética del lenguaje –“el cuerpo, que para la medicina era una maquinaria totalizada e idéntica (para la medicina científica todos los cuerpos son El cuerpo, siempre el mismo), desde el psicoanálisis aparece fragmentado. Y es por esta fragmentación que se singulariza”-.<sup>25</sup> Porque no se trata de atrapar un sentido, no se trata de que se comprenda de manera absoluta y total ese cuerpo, no se trata de asirlo, sino, más bien, de leer un sentido que se fuga, de leer los intersticios del sinsentido. Y ese sinsentido requiere, entonces, una lectura que no puede apoyarse en las certezas de un saber a priori. Porque, como señala Leibson, “la histérica sabe, sin saber, y dice ese cuerpo extraño. Freud fue el primero que supo escucharlo”.<sup>26</sup>

El cuerpo de la histeria, así, no está hecho de anatomía sino de representaciones. La “lesión funcional”, el gran descubrimiento de Charcot, es desprendido por Freud, de una vez y para siempre, del referente

---

24. Leonardo Leibson, *La máquina imperfecta*, ob. cit., p. 30.

25. *Ibíd.*, p. 28.

26. *Ibíd.*, p. 39.

orgánico. Esa es la operación freudiana: lo que el cuerpo de la histeria manifiesta se ofrece a ser leído como un lenguaje, porque lo es, antes que escrutado en tanto pura materialidad orgánica; lo que el cuerpo de la histeria manifiesta no puede ser sometido a la norma médica. El cuerpo escribe de manera singular, produce un síntoma que resulta en una escritura y precisa una lectura singular, al costado de la ciencia. Un cuerpo, entonces, se lee; y se lee porque es una escritura. Los síntomas de la histeria muestran, testimonian, el fracaso del saber médico, de la *scientia sexualis*, como la llama Foucault,<sup>27</sup> produciendo un saber original que interroga, que hace caer lo ya sabido, que llama a un nuevo lector. Como anota Jean Allouch, la histérica produce, “con respecto a su interlocutor, la sugestión de que una teoría existiría efectivamente. Deja a cargo de ese interlocutor la elaboración de lo que ella sólo le indica con medias palabras, aún a riesgo de tener que rectificar el tiro, llegado el caso”.<sup>28</sup> El cuerpo de la histeria, por lo tanto, produce una falla en el saber; en el de la ciencia y en el propio.<sup>29</sup> “En efecto,

---

27. Michel Foucault, *Historia de la sexualidad 1*, ob. cit., p. 53.

28. Jean Allouch, *Letra por letra. Traducir, transcribir, transliterar*, Buenos Aires, EDELP, 1993, p. 25.

29. No se trata de Freud rompiendo con el saber científico, como destaca Jorge Jinkis en *Lo que el psicoanálisis nos enseña* (ob. cit., p. 107), sino de verse “alejado de la ciencia por un discurso que

para Freud, la discusión de la definición del traumatismo promovida por La Salpêtrière va a implicar una modificación de la relación del médico con el saber –con sus fallas, más precisamente–.”<sup>30</sup>

El enlace entre una representación y otra, ubicado por Freud como la causa de la lesión histérica, origina, a su vez, la escisión entre saber y cuerpo. En este punto cobra importancia lo que Jorge Jinkis subraya: “Esta es la situación de Freud a partir de la cual se origina lo que llamamos una relación inédita con el saber: ni el discurso del amo de Charcot, ni el discurso universitario de la neurología. Pero tampoco el saber impotente de la histérica. Freud no atiende al conocimiento, sino al discurso histérico, esto es, que hay un sujeto sin saber, que hay un saber sin sujeto”.<sup>31</sup>

El síntoma de la histeria se erige como una escritura singular, particular. Una escritura que inscribe sus marcas ahí donde la ciencia queda desorientada. El cuerpo de la histeria escribe un sentido nuevo y original que desborda y excede el código de la lengua científica y que precisa un lector igualmente nuevo y

---

consistió en el atrevimiento colosal de poner en acto las consecuencias de una convicción que no estaba respaldada por ninguna certeza”.

30. Jean Allouch, *Letra por letra*, ob. cit., p. 53.

31. Jorge Jinkis, *Lo que el psicoanálisis nos enseña*, ob. cit., p. 108.

original. Freud deja que el cuerpo de la histeria produzca un acontecimiento, el de la lectura. Freud inventa el psicoanálisis escribiendo su lectura e inaugura una clínica, una clínica que Allouch, siguiendo a Lacan, llama “clínica de lo escrito”.<sup>32</sup> Si la ciencia queda desorientada, es porque el cuerpo de la histeria produce desorientación. Y ahí donde la ciencia se desorienta, se desconcierta, ahí donde el cuerpo de la histeria desorienta a la ciencia, es que Freud encuentra las pistas que lo orientarán en la lectura. Porque la lectura a la que llama ese cuerpo es la lectura como acontecimiento. No hay saber del cuerpo, no hay sentido del síntoma, sino hasta que la lectura se produce –y, aun así, ese sentido es sentido en fuga–. No hay escritura, no hay letra, no hay borde literal, sino hasta que la lectura acontezca. Leer ese cuerpo es, al mismo tiempo, hacer de ese cuerpo un acontecimiento, es hacer del síntoma un decir. La lectura hace del síntoma un “acontecimiento de cuerpo”,<sup>33</sup> y ese acontecimiento no está en otra parte más que en el decir. El acontecimiento anuda, a la vez, cuerpo, decir y lectura. El cuerpo sólo acontece en la medida en que acontece la lectura; porque no se trata de una interpretación, de una exégesis; se trata

---

32. Jean Allouch, *Letra por letra*, ob. cit., p. 14.

33. Jacques Lacan, “Joyce el Síntoma”, en *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012, p. 595.

de otra clase de lectura. Y ese procedimiento sólo fue posible porque Freud se desvió y desvió el saber con el que contaba. Pudo leer en la desorientación, en el extravío; la desorientación fue su pista. Como cuando Walter Benjamin dice que “importa poco no saber orientarse en una ciudad. Perderse, en cambio, en una ciudad como quien se pierde en el bosque, requiere aprendizaje”.<sup>34</sup> Freud aprendió a perderse en el bosque del saber médico; Freud se dejó despistar, extraviar, extrañar, para diseñar así un mapa corporal que ha conseguido redefinir las fronteras, haciéndolas porosas, precarias, inestables, entre el cuerpo y la psiquis.<sup>35</sup>

El descubrimiento freudiano, entonces, trae el cuerpo de la histeria a la escena como un cuerpo nuevo, un cuerpo que no estaba; el descubrimiento freudiano funda un cuerpo porque funda, a la vez, una lectura; funda una lectura de un cuerpo. No es sino lo que para Walter Benjamin funciona como modo de leer la propia ciudad: es un aprendizaje que, como

---

34. Walter Benjamin, *Infancia en Berlín hacia 1900*, Madrid, Alfaguara, 1990, p. 15.

35. En 1917 Freud le dirá a Groddeck: “Es cierto que el Ic constituye la auténtica mediación entre lo corporal y lo anímico, acaso el tanto tiempo buscado ‘missing link’” (Sigmund Freud y Georg Groddeck, *Correspondencia*, Barcelona, Anagrama, 1977, p. 39). Para un desarrollo en detalle de este punto, cfr. Leonardo Leibson, *La máquina imperfecta*, ob. cit.

señala Martín Kohan,<sup>36</sup> “tiene que ver menos con la acumulación de saberes que con su pérdida, menos con la memoria que con el olvido”. Leer el cuerpo de la histeria requirió perderse, olvidarse de lo que se sabía para encontrar aquello que no se buscaba. Porque, como señala James Strachey en la introducción al “Informe sobre mis estudios en París y Berlín”, Freud ingresa a La Salpêtrière habiendo elegido la anatomía del sistema nervioso y sale de allí orientado hacia la psicopatología, “dando la espalda a la neurología”.<sup>37</sup>

¿Qué sucedió para que Freud abandonara la neurología? Se encontró, no con la histeria, sino con una manera de leerla; ese es el verdadero acontecimiento. Se puede decir que el psicoanálisis comienza por –y con– el desvío, por –y con– la desorientación, por –y con– la posibilidad de perderse de un saber dado; haciendo de la lectura equivocidad; haciendo vacilar los sentidos establecidos, los cuerpos amarrados a la univocidad del saber médico. Queda evidenciado que el saber sobre la histeria se producirá gracias a la mediación de la palabra. Lejos de acallar el cuerpo de

---

36. Martín Kohan, *Zona urbana. Ensayo de lectura sobre Walter Benjamin*, Buenos Aires, Norma, 2004, p. 57.

37. Sigmund Freud, “Informe sobre mis estudios en París y Berlín”, en *Obras completas*, tomo I, Buenos Aires, Amorrortu, 1996, p. 4.

la histeria, como pretende la ciencia, el psicoanálisis apunta a hacerlo hablar. Dice Freud: “Se planteaba la tarea de averiguar del enfermo algo que uno no sabía y que ni él mismo sabía”.<sup>38</sup> El saber del psicoanálisis va a venir siempre de la práctica, porque no es el saber de la ciencia, sino el del inconsciente, el que va a orientar la lectura. El inconsciente es un saber que no se sabe y es, por definición, lo que resiste a la teoría. De este modo, con esta lectura, habiendo hecho caer los prejuicios de su época, Freud inaugura la *talking cure*.

Resulta elocuente que *talking cure*, nombre del método de Freud que fue bien acogido por él y por Breuer, provenga de una paciente, Anna O. En ese sentido, vemos una vez más cómo se trata de la enseñanza de la histeria y no de la enseñanza de la medicina. Es por eso que Lacan dice que “el inventor del psicoanálisis no es Freud, sino Anna O., como todos saben, y detrás de ella muchos otros: todos nosotros”.<sup>39</sup> Y es que el psicoanálisis no está inventado, se inventa cada vez, en cada sesión, ahí donde se puede hacer del cuerpo una superficie textual, ahí donde el cuerpo es un por venir.

\*

---

38. Sigmund Freud, *Estudios sobre la histeria*, ob. cit., p. 19.

39. Jacques Lacan, Seminario 9 (inédito), sesión del 14-03-1962.